



LA SONRISA DE DAIVA

El mes de agosto llegaba a su fin. Cada mañana hacía la misma rutina, el mismo camino de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Llegué a primera hora a CINC, el centro de negocios donde trabajo. La recepcionista me regaló su mejor sonrisa, aunque tampoco fue capaz de llenar ese vasto vacío que de un tiempo hasta entonces se acomodaba en mi interior.

Mientras el resto de compañeros disfrutaban de sus vacaciones, yo cumplía de forma tediosa con mis tareas diarias teniendo la certeza que cuando volviese a casa el silencio sería mi único interlocutor.

Aprovechando la cercanía de las oficinas a la playa, salí a comer e intentar disfrutar de la brisa del mar. De vuelta al trabajo hubo algo especial que irrumpió desde la lejanía. Intuí los primeros compases de una melodía interpretada a violín. La belleza y armonía de la melodía me transportaron a un plano contemplativo. Saboreé cada una de las notas y me pregunté qué compositor habría sido el autor de tan sublime tonada. Creí identificar el preludio, podía tratarse de la Sonata número 2 de Bach para violín... pero la dudas me asaltaron, esa última estrofa de semicorcheas evocaban el Concierto en Re mayor de Tchaikovsky. La pieza me sonó familiar, aunque no fui capaz de identificarla.

Este suceso desencadenó una extraña rutina en mi vida. Como si de una coreografía se tratase, cada día escuchaba la interpretación de esa anónima melodía e intentaba identificar a su autor. Al llegar a la oficina ponía en marcha mi reproductor portátil y escuchaba las obras más trascendentales compuestas para violín mientras trabajaba. La oficina se volvió para mí el palco del mejor auditorio, e incluso mi ánimo y rendimiento personal empezaron a salir de su apatía.

Tras semanas de una complaciente búsqueda, decidí acercarme al intérprete callejero y preguntarle sobre la obra. El violinista se llamaba Dimitri, y entablamos una cálida y sincera conversación. Con voz temblorosa, me explicó que esa pieza la compuso él mismo, inspirado en la sonrisa de su pequeña hija Daiva, a quién tuvo que dejar con su esposa en Ucrania en busca de prosperidad. Su idea era reunir dinero y algún día poder vivir todos juntos en Barcelona.

Entonces saltó una chispa en mi imaginación. ¿Por qué no organizar un concierto benéfico en la sala de actos de CINC? Dimitri nos podría deleitar con su música y la recaudación serviría para traer a su familia a Barcelona. Dimitri aceptó con entusiasmo la idea y la dirección de CINC no dudó en sumarse a la causa.

La idea se convirtió en realidad y el concierto triunfó cumpliendo con un doble cometido: Dimitri disfruta ya de su familia en Barcelona, y a mí ya no me espera una casa vacía porque Dimitri es ahora mi nuevo profesor de violín. Las primeras notas que entoné con mi nuevo instrumento fueron las de aquella bella melodía que, inspirada en la sonrisa de una niña, nos devolvió la sonrisa a ambos.